

# LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta Revista se publica  
los días 15 de cada mes.  
Se remite a la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.  
Calle del Cristo, N.º 1.  
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripción.  
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.  
Solo se admite suscripción por trimestre.

## DIÁLOGO.

Clara... Has leído los versos que para el "ADIOS" de Schubert  
traje el último número de "LA AZUCENA" ?  
Emilia... Tanto, que los sé de memoria; hélos aquí :  
Adios, encanto y gloria :  
adios, mi paraíso :  
adios ! el cielo quisio  
que te dijera "adios."  
Adios ! Sin ti en la tierra  
¿ qué "adios" tendrá consuelo,  
si es dar "adios" al cielo  
el darnos este "adios" ?  
Clara... Pero tú dices  
"que adios tendrá consuelo"  
y allí dice *tendría*.  
Emilia... Precisamente digo *tendría* porque es como debe ser : del  
otro modo, aunque no advertido generalmente, el verso  
contaría una sílaba de mas.  
Clara... Pues no sé como al autor se le escapó esa.  
El Autor... ¿ Lo oye U., señor cajista ?  
Cajista... La prisa de última hora.....  
Autor... ¿ Qué última hora ni qué calabazas ? En ocho versos  
uno por ese estilo !.....  
Cajista... Toma ! ¿ Y por qué no lo corrigió U. ?  
Autor... Ya se ve ! UU. se cubren con el anónimo y se quedan  
muy frescos ; al paso que los pobres autores reciben los  
chubascos.  
Cajista... Con bastantes descuidos, cargamos los cajistas sin me-  
recerlos, uno mas ¿ qué nos importa ?  
Autor... Por Dios ! que no acontezca otra vez : un poquillo de  
cuidado.  
Cajista... (Aparte y retirándose) Todos estos escritores son igua-  
les. Siempre parecen noveles en esto de rabiar por las  
erratas. Las ven con tales ojos, que les parecen elefan-  
tes ; y en su nerviosa susceptibilidad, creen que el  
mundo entero ha caído en la cuenta de la errata y va á  
desmoronarse.  
Bien dijo aquel que dijo : *Genus irritabile vatum* —  
que yo traduciría : oh ! irritable vanidad de los vates !

## CARTA DE ISaura A GRACIELA.

Puerto-Rico 11 de Octubre de 1874.

Querida amiga : Comienzo á escribir esta sin sa-  
ber cómo, y Dios quiera que pueda continuarla sin  
volverme loca : tal es la bulla que mete el vecindario,  
la ciudadela que habita los bajos de esta casa. Imag-  
ina que cuando no el llanto desacorde y chillon de  
doscientos Adanes y Evas en miniatura, es el desapa-  
cible canto á duo ó trío de alguna danza, ó lo que es  
peor, de alguna de esas canciones monótonamente  
quejumbrosas como aquella de

*Por desgracia me encuentro casada*

con que algun coro, ora masculino, ya bisexual ó pu-  
ramente femenino, comienza y continua interminable  
sin dar punto de reposo á los pobres oídos. Ay ! del  
que quiera leer, estudiar ó que sufra de jaqueca !

En este momento, en que creía terminada esta  
ópera pedestre, vuelve á comenzar de nuevo furiosa-  
mente con la interminable

*Eña María coloraa.....*

¡ Cuando digo que es una calamidad para esta po-  
blación la carencia de suburbios hacia donde desa-  
guar el numeroso *censo* de almas y de cuerpos que con  
perjuicio de la salud, de la cultura, de la limpieza y  
hasta de los oídos, se hacina en la planta baja de estas  
casas !

En una de estas tardes últimas, recorrí, por vía de  
paseo con la familia de Julia, el recinto de esta ciu-  
dad. Lástima es que en el Campo del Morro no exis-  
ta, ya para embellecimiento, ya en bien de los tran-  
seantes, la calle de árboles de que habla el Dr. Her-  
nandez en el buen artículo sobre higiene, publicado  
en "LA AZUCENA" última : arbolado que debiera ex-  
tenderse á todo el recinto y á las plazas de esta ciu-  
dad, segun dice el mismo y es de notoria conveniencia  
para mejorar sus aires y evitar ciertas enfermedades  
como la tisis, que por desgracia, no va siendo aquí tan  
poco frecuente como debiera.

Acerca de este mal, publicará sin duda en la men-  
cionada Revista el jóven Dr. Ferrer, unas interesan-  
tes y, en mi humilde concepto, bien razonadas obser-  
vaciones que nos leyó en casa hace algunas noches.

Hemos visitado la escuela de Párvulos, estableci-  
miento muy útil á esta ciudad y que honra la memo-  
ria del Obispo Carrion que la fundó y la dejó á su  
muerte las rentas con que hoy se sostiene.

Y aun pudiera ser mas útil dicho establecimiento,  
si los de las clases pobres, para quienes principalmente  
se creó en Europa esta clase de institutos, con la bené-  
fica mira de que mientras las madres se ocupan en el  
trabajo diario, haya un lugar en donde sus niños sean  
cuidados y entretenidos con ventaja de su educacion ;  
acudiesen allí en el número proporcional á tan nume-  
rosas clases, antes que verles rodando por las aceras,  
zaguanes y patios abandonados á sí mismos.

Si nuestras damas quisiesen tomar por su cuenta  
el trabajo de inquirir las causas de este abandono, y  
asociadas especialmente con dicho fin, tratasen de  
allanar las dificultades positivas ó desvanecer los pre-  
textos con que la incuria de los padres trata de paliar-  
se ; podrían hacer mucho bien en este sentido.

En cuanto á los mayoresitos ¿ qué bien estaría la  
multa aplicada á los padres que les dejasen vagar des-  
nudos por las calles con mengua de la cultura y buen  
nombre de la población !

Visitó tambien el Hospital llamado de Caridad, y  
ciertamente que si por la capacidad y medios de aquel  
fuera á juzgarse de esta, no quedaría muy favorecida.  
Es chico y pobre aquel asilo de la desgracia. ¿ Cuan-  
to convendría la pronta realizacion del proyectado  
hospital civil de que he oído, desde hace tanto tiempo,  
hablar aquí !

El paseo de Puerta de Tierra pudiera ser muy bo-  
nito si se repusiesen los árboles que los huracanes y la  
mano de los hombres han ido derribando. Y aquí re-  
cuerdo el cuentecito de aquel criado (de dos que ha-  
bía en una casa) á quien cierto día, al preguntarle su  
ama por los muchos platos que contaba en su alacena  
y de los cuales veía muy pocos ya ; respondió : Señora,  
había muchos, es verdad ; pero los vamos rompiendo  
yo y el otro.

Así acontece con los árboles de aquel paseo : entre

el viento y la hoz de los vecinos, es decir, entre *yo y el otro* se van acabando poco á poco, y como el ama no los repone....

¿Qué cómodo, por la sombra, no sería para aquel vecindario, que cada día va siendo mas numeroso, que se reparase aquella falta y se continuase la calle de árboles hasta el puente de San Antonio? Con sombra aquella carretera y con buen piso de hormigón el paseo, como empezó á hacerse habrá poco, paralizándose en malhora aquella obra, tendrían los paseantes un lugar de recreo digno de la ciudad.

La plaza de Santiago tendrá también sus árboles ¿pero cuándo? Por supuesto que en este país en donde el vecindario posee horror al bello y benéfico arbolado, debería hacerse lo que en todas partes: dotarse un personal de policía especial para la reposición y conservación del arbolado. Aquí se destruye un árbol por quitarme alla esas pajas, y unos y otros, nadie se cuida de lo que es ya indispensable, no solo al ornato sino á la salud de los habitantes. Nadie da importancia á lo que en otras ciudades es objeto de un artículo especial é imprescindible del presupuesto y de continuos y solícitos cuidados.

Al leer en un periódico extranjero que la biblioteca legada por Julio Janin, afamado escritor francés, á su ciudad natal, constaba de siete mil volúmenes, y que hay en ella preciosos ejemplares de las ediciones hechas en los dos primeros siglos de la imprenta &c., &c., con otros detalles curiosos para los bibliófilos, no pude menos de pensar en que no tenemos nada por qué envidarnos en esta materia.

Una biblioteca posee esta ciudad con algunos buenos libros; pero en ella brillan los lectores por su absoluta ausencia, y extraño es que no haya muerto de atonía como el "Gabinete de lectura" que contaba esa villa.

En cuanto á librerías, se hallan aquí las de Acosta, Gonzalez, Escayola y alguna mas; pero en todas ellas, si hay libros en blanco se venden con suma preferencia. ¿Si será que se nos indigesta la lectura?

Por que en efecto, tres cosas se necesitan en mi sentir para que pueda prosperar este ramo, 1º que la mayoría sepa leer: 2º que lea, y 3º que pague por leer con el mismo gusto con que paga tantas cosas para las cuales sobra el dinero. Entre nosotros, por desgracia, falta lo primero, estamos muy distantes de lo segundo y gusta sobremedera lo tercero, esto es, la lectura de *guagua*.

Por supuesto que á D. Cosme no le agradan sino ciertos y determinados libros, es decir, los que van con su modo de ver las cosas, de la manera exclusiva que las ve, y á la Señora de Microvista, le estorba lo negro y se encuentra muy bien así. Ella dice que el que lee mucho se pone viejo, como si ella seyesse algo!

Segun su teoría, en Puerto-Rico no es ni será nunca necesaria la fuente de Bimín, que remozaba, y la mayor parte no morirán de viejos sino de puro niños.

Pero en cambio los peinados femeniles continúan con la misma exageración que por allá. En el teatro he visto algunos que, comparados con ellos el mio que tachábais de protuberante, es lo que la torre de esta Catedral debe ser á las pirámides egipcias.

Hay, por ejemplo, una Teofilita á quien conoces, que merece especial mención. Casi á la mitad del moño se había puesto un lazo á manera de corbata, y al verla, de pronto parecía que llevaba dos cabezas. Francamente no hay cara que pueda parecer bonita con semejantes Gibraltares por adornos. Con algunas de nosotras podría, como dice Leoncio, formarse un batallón de los antiguos gastadores, pues ya tenemos la gorra de pelo, que aspecto tan *feroce* presta á los granaderos que Vernet pintó en sus cuadros.

¿Si habrán perdido ya las modistas francesas aquel gracioso *chic* que tanto distinguía sus invenciones!

Esto me recuerda el epigrama improvisado por un amigo nuestro al ver á Teofilita:

Aunque bella mujer; con tal peinado,  
eres torre, castillo, eres pirámide;  
cuidado con andar, porque pudieran  
huirte como á bélico elefante.

Adios y hasta otro día. Tuya siempre

ISAURA.

## A ORILLAS DEL RHIN.

NOVELA ORIGINAL

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

Dedicada á uno de mis mejores y mas queridos amigos:

### I.

Ya digimos en la "Leyenda de los veinte años", (\*) que Miguel de Lasvosol vivía en una casita de Can- grejos, rodeada de palmas y graciosamente rústica.

También digimos que cuando Eduardo, su amigo, tenía veinte años, Miguel frisaba con los treinta y que habia pasado la mayor y mas florida parte de ellos en curiosos viajes: que tenía aficiones artístico-literarias que le llevaban á vivir cuasi retirado y solo en donde nadie piensa ni en letras ni en artes: que dividía el tiempo y su renta entre su casita filosófica, como él la llamaba, y los viajes que, como acabamos de decir, solía emprender de vez en cuando.

Digimos también que si cultivó el amor, fué por lo que este sentimiento tiene de semejanza con el arte; y debemos no olvidar que cuando dió aquel almuerzo en el jardín de su referida casita, al Capitan Perez y á Eduardo; en la expansion de la sobre-mesa, hablando de sus viajes, expresó que en Andalucía le habia sucedido lo que á Lord Byron: habia aprendido á amar.

Entónces semejante dicho era tal vez de pura fantasía; pero andando el tiempo y cuando lo futuro vino á presente, pudo esplicarse como predicción, como sentimiento: porque en efecto: en Andalucía, aprendió á amar en serio ó mejor dicho: amó por la primera vez.

### II.

Cádiz es una bonita ciudad que fundaron los fenicios, y que los romanos, los vándalos y los árabes repoblaron sucesivamente segun la historia; pero segun la belleza griega de sus hijas, podría creerse que fué una petrificación de Vénus al salir de la espuma de los mares.

En uno de los viajes de Lasvosol á Europa, ponía el pié en los muelles de aquella ciudad, en los momentos en que estaba allí para dejarla con sus padres y una hermana cuasi niña, una bella jóven personificación en cierto modo de lo que acabamos de decir.

Aunque nacida en Cádiz, mostraba sin embargo en su tipo, la mezcla de sajón, raza de su padre, caballero de agradable presencia; y de andaloz que era la de su madre, dama gaditana, bella y jóven todavía. Es decir: que la que, segun parece, va á ser nuestra heroína, era el mas encantador ingerto que á las razas humanas pudiera pedirse.

Ojos azules y cabello negro: cutis blanco mate parecido al mármol: busto helénico, facciones inglesas, talle, gracia y formas de la hechicera hija de Cádiz.

Si Lady Hamilton, la afamada Vénus del Norte, que deshonró á un Hamilton, dominó á una reina Carolina y fascinó á un Nelson, podría compararse con ella en lo físico; el cuerpo de la jóven que ahora intentamos describir, estaba muy distante de ser, como el de la famosa lady, *paraíso mortal asilo del alma de un réprobo*, ni tampoco *el palacio espléndido de la impostura*, segun las expresiones de Julieta, la hija de Verona, ántes bien era el único posible asilo á quien en la tierra de un alma creada para el Cielo.

El pobre Lasvosol quedó como hechizado. Si á sus ojos el amor guardaba semejanza con el arte, aquella mujer era la obra mas idealmente concebida y mas artísticamente acabada: poesía en acción que recordaba el verso de Crisófilo:

Con formas concebí la simpatía.

Si, como acabamos de decir, Miguel quedó prendado, enamorado, loco; de ella ¿qué diremos?

Sin duda le habria sentado bien tener á su lado en

(\*) Novela del mismo autor.

aquel momento, una nodriza, como la de Julieta, para preguntarle como la misma y con igual tierno interés: "¿quién es ese hombre?"—Pero Lasvosol leyó en sus ojos esta pregunta, y si sus labios callaron; sirviendo de eco al corazón, pareció responderla: "soy quien te ama."

A la sazón el organillo de un saboyardo que acertó á pasar por allí, tocaba un wals, que si era bello y apropiado á tal momento y á tales corazones, por cierto no sé qué de sus notas expresivas de la mas dulce y fantástica vaguedad; hubo de representárseles como el eco de un sueño deleitoso de que al verles, contemplándose mutuamente absortos, podría decirse que anhelaban no despertar.

La jóven sacó de su bolsa de vinje y Miguel de la suya, simultáneamente, como si fuesen movidos por el mismo resorte, una moneda de plata que arrojó cada cual al músico aventurero. Sorprendido éste al encontrarse con tan espléndida paga, vaciló como si soñase á su vez; pero los viajeros estaban sobrado abstraídos y allá cerca de un cielo, para detenerse en el valor de los metales de la tierra.

El Saboyardo hubo de comprender la eficacia del talisman, continuó tocando el wals que tales prodigios ocasionaba, y necesario fué á la jóven el llamamiento de su madre para volver á la realidad de un viaje, que sin duda no era ya de su gusto. Por lo que atañe á Lasvosol, tan suspenso andaba su ánimo en la contemplación de tan atractivo rostro, que al poner la jóven el pie en el bote, perdió la ocasión de ver cuan breve y gracioso era.

Apartóse del muelle la barquilla, que llevaba á aquella mujer tan bella para todos, tan ángel ya para Lasvosol, y éste permaneció allí confundiendo aquel querido grupo en un solo punto, en una sola vela: fugitivo cisne que había dejado en su oído la melodía de su canto.

Y cuando el bote portador de la jóven, estaba ya para llegar á bordo del vapor que se disponía á zarpar, oyó Miguel una voz que le decía:

—Señorito: adonde se conduce el equipaje?

Voz prosaica que hubo de sacarle de su éxtasis: era la de su fiel Antonio, negro encanecido en el servicio de la familia de Lasvosol, y á quien la bondad de Miguel había hecho libre desde mucho ántes de la emancipación general de los esclavos de la isla: bondad correspondida por aquel proto-tipo de la adhesión doméstica.

Lasvosol no sabía qué disponer acerca del equipaje, porque tampoco sabía á qué atenerse respecto de sí mismo.

Sus viajes eran emprendidos por pura distracción y deseo de instruirse. Llegaba á Cádiz como habría desembarcado en cualquiera otro puerto, es decir, que no llevaba objeto ni rumbo fijos.

¿Qué habría de hacer en aquella ciudad, si lo que podía fijarle allí se alejaba?

Decidióse á ir en seguimiento de la dama, y con esta mira, dió orden á su fámulo de que le aguardase allí. Preguntó á varios la dirección del vapor que iba á salir, y logró saber que se dirigía á Marsella y que sus consignatarios los Sres. F\*\*\*, podrían darle mas precisos y minuciosos informes.

La casa de aquellos Sres. estaba cercana al muelle, y fuese allí rápidamente con la idea de arreglar su embarque en el expresado vapor, si aún era tiempo.

Pero; que desencanto! Había que llenar formalidades cuya materialidad requería espacio, á saber: refrendar el pasaporte y aún visarle en el Consulado francés, sin cuyos requisitos no sería admitido á bordo, y el buque comenzaba á levar y se ponía en marcha. Oh! cruel materialidad que así venía á interponerse entre dos seres que acababan de encontrarse! La corriente simpática se rompía, la unión se frustraba, y aquel encuentro de dos almas se tornaba nulo, tal vez se hacía imposible acá en la tierra.

Tornó Miguel al muelle desalentado; pero sabedor

ya del nombre de la familia que pretendía seguir, venía en auxilio de su propósito, alguna aunque vaguísima esperanza.

La jóven se llamaba Teresa, bello nombre que invocar en sus ensueños; y su apellido Koerner, recordaba al célebre poeta á quien la Alemania denominó su Tytéo. Quizás el padre de Teresa era de aquella familia, cuyo nombre aunque no raro en aquel país, podía servir de hilo á Miguel (ya que no tenía otro) en el ovillo que se proponía desmadejar.

A punto de dejar el muelle, preguntó Lasvosol al Saboyardo, que le seguía como su sombra, el nombre de la pieza que tanto le había impresionado, y aquél le mostró en el órgano una tablilla en que bajo el número tantos, decía: Aux bords du Rhin je pense á toi. (\*)

El Rhin! — pensó nuestro amigo: Si será revelación? — Partamos pues, y las orillas del gran río serán mi meta.

(Continuad.)

## SECCION CIENTÍFICA.

### BREVES CONSIDERACIONES

sobre las diferentes causas que provocan la tisis; división de ésta, y medios que tenemos á nuestro alcance para evitarla, y hasta combatirla con éxito en sus primeras manifestaciones.

Siendo la tisis una de las enfermedades mas comunes, al extremo de que no han faltado médicos de reconocida fama que hayan asegurado que de cien individuos muertos, los noventa por lo menos tienen lesiones pulmonales, resalta á primera vista la necesidad que tenemos de estar prevenidos contra tan formidable enemigo, y de poner en manos de todos, los medios de cerrar las puertas á ese inexorable perturbador de nuestra salud.

Las condiciones mas abonadas para el desarrollo de la enfermedad; las causas que mas comunmente la provocan; las relaciones de afinidad que la tisis tiene con la escrofulosis, y por último los medios de precaverla, y hasta de combatirla con ventajas en sus primeras manifestaciones, he aquí los puntos que pienso desarrollar aunque muy someramente.

La consunción, que no otra cosa significa la palabra tisis, y que como voz genérica fué aplicada por los antiguos á todas aquellas enfermedades que teniendo un curso muy lento, ofrecían como síntoma predominante la consunción lenta y progresiva, acompañada de fiebre que tambien llamaron héctica, ha existido desde los tiempos mas remotos, aunque no siendo tan frecuente ni de curso tan rápido, como lo es desgraciadamente en nuestros dias.

Los antiguos pues que no teniendo medios de investigación tan perfectos como nosotros, solamente se fijaron en el resultado de su experiencia, al diagnosticar el padecimiento de que venimos hablando, envolvían tácitamente un pronóstico fatal; la muerte; hé aquí lo que la medicina moderna ha venido á desmentir, he aquí el resultado que nos dieron las investigaciones hechas sobre el cadáver.

La tisis pues, no siempre es mortal, un tísico puede curarse; el desgraciado que padece tan desastroso mal, no aleje de sí toda esperanza de recuperar la salud: que el médico ilustrado, que el hombre constante, el intérprete de la naturaleza, interprete natural, cuenta hoy con poderosos elementos para combatir á esa serpiente de cien cabezas, que desde tiempos inmemorables viene dejando en pos de sí lágrimas, luto y desolación.

Si nuestros antepasados, como algunos contemporáneos, creyeron que la tisis era una enfermedad incurable; dependía este error crasísimo en los primeros, de que no conociendo una terapéutica racional, la enfermedad continuaba su marcha destructora; y los segundos, de que habiendo observado el tubérculo

(\*) A orillas del Rhin yo pienso en ti.

constante ó casi constantemente en los pulmones de los cadáveres que de consunción se suponían muertos, creyeron malamente, que todo tísico era tuberculoso y que como tal, incurable su padecimiento.

La tisis cuya division en tuberculosa y caseosa es la mas admitida hoy, y de cuya division tengo el convencimiento íntimo haciéndome solidario de las creencias del inmortal Niemeyer, se producen ambas en las mismas condiciones orgánicas alguna vez, y otras que son las menos, en condiciones muy distintas: Espliquemos este aserto.

Se sabe perfectamente que el *tubérculo* cuerpo indispensable en el pulmon, para que haya tisis pulmonal tuberculosa, es de tal naturaleza, que solamente en condiciones de empobrecimiento orgánico, tiene lugar su evolucion. Nadie podrá objetar, ni mucho menos presentar un caso práctico, de que el *tubérculo* haya podido encontrarse en individuo alguno bien constituido, y de condiciones orgánicas apetecibles; todo lo contrario; la neoplasia tuberculosa se hace ostensible absolutamente siempre, en personas mal constituidas; en individuos viciados por padecimientos conjuntos ó adquiridos, y por fin en todos aquellos que encontrándose bajo la influencia de una marcada escrófula ó escrofulosis, predominan en ellos los líquidos de menos potencia vital, de menos poder estimulante.

Recordad sinó, el sello que traen al nacer los hijos de padres valetudinarios por padecimientos constitucionales; ved las consecuencias de una lactancia artificial mal dirigida; observad las terribles huellas que dejan en pos de sí las enfermedades eruptivas; no olvidad las consecuencias de una juventud borrascosa, y por último tened muy presentes las influencias prolongadas de una mala alimentacion; peor aire, habitaciones húmedas y luz desgraciadamente escasa, y vereis que ningún tuberculoso ha dejado de encontrarse sometido por mucho tiempo á la accion de estas causas, todas altamente debilitantes.

Y de todo esto, ¿qué podemos deducir? que el *tubérculo* solamente se desarrolla en circunstancias muy marcadas de empobrecimiento orgánico.

Pero además de la tisis tuberculosa, existe otra, y esta es precisamente la curable, aun encontrándose el padecimiento bastante avanzado, la que si bien es verdad que se produce las mas de las veces en organismos empobrecidos, puede sin embargo, iniciarse en otros que gozan de las mejores condiciones.

Pero una vez que hemos hablado de la tisis caseosa, y enumerado algunas de las circunstancias en que se produce, veamos en que consiste, y porque otras causas puede desarrollarse.

La tisis caseosa, llamada así, porque en los individuos muertos de tal padecimiento, se ha encontrado en los pulmones una sustancia parecida al caseum, [queso] puede ser provocada por tres causas, primera por hemorragias bronquiales verificadas en el sujeto, en quien la sangre derramada en vez de serlo completamente al exterior, se reune por decirlo así tambien en los bronquios, y de estos pasando á los alvéolos, sufre allí diferentes metamorfosis, en sus elementos figurados. Estos cambios pueden ser ó la transformacion grasienta, en cuyo caso todo vuelve á su estado normal, ó la caseosa, que pudiendo quedar como tal producto sufre cambios que pueden conducir al sepulcro, ó bien la cretácea, con la que puede recuperarse una salud buena relativamente. La segunda, se refiere á catarras bronquiales, cuyos productos de secrecion no se eliminan completamente y permaneciendo en el árbol bronquial, pueden experimentar las mismas transformaciones que las dichas anteriormente, y la tercera por último tiene lugar, cuando despues de inflamaciones pulmonales, los exudatos neumónicos, permanecen en el aparato respiratorio, y éste no vuelve á recobrar su normalidad.

Terminaremos pues aquí, las ligeras consideraciones que sobre algunas causas de las muchas que predisponen y determinan la tisis hemos apuntado, pasando á tratar, aunque muy someramente, de las relaciones de afinidad que la tisis tiene con la escrofulosis, y del papel que esta desempeña en el desarrollo de la primera.

Hemos consignado mas arriba, que ambas tisis así la tuberculosa, como la caseosa, necesitaban para su desenvolvimiento, la pobreza del organismo; pues bien; la escrofulosis, ó escrofulismo, no es otra cosa

que un padecimiento constitucional, que por sí solo basta á revelar la poca energia de nuestra constitucion y la escasa fuerza de resistencia vital que tales individuos tienen, encontrándose por consiguiente expuestos, á ser heridos por la mas leve accion de las causas morbosas. En el sistema linfático es donde primeramente hace sus manifestaciones esta enfermedad constitucional, y de aquel, los ganglios son los órganos mas afectados. Así vemos en los individuos de párpados abultados, nariz y labios gruesos, de color pálido, de lentitud en todas sus funciones y hasta de calma en la progresion, escrófula tórpida, esos rosarios de ganglios engruesados en la cerviz, debajo de la mandíbula, partes laterales del cuello superior del pecho, y hasta en las ingles, &c. Esos individuos en quienes hasta su obesidad muchas veces exagerada les imprime un sello que con nada puede confundirse, revelan la poca actividad del cambio molecular orgánico, y las mejores condiciones para el desarrollo tuberculoso ó caseoso. Así es como dichos ganglios engruesados, están expuestos siempre á padecer inflamaciones crónicas, que concluyendo por desarrollar una desgraciada riqueza en células que no se reabsorben, terminan por sufrir las mas de las veces, la transformacion caseosa y ser por consiguiente tras largas supuraciones, el punto de partida de la terrible enfermedad que trato de combatir con todas mis fuerzas. Pero no es esto solamente; los ganglios bronquiales enfermando del mismo modo, determinan por compresion mecánica, cambios de testura en los bronquios y tejido pulmonal; esta compresion, disminuye la superficie respiratoria y como esta no puede disminuir sin que disminuya tambien la oxijenacion, tendremos: que este indispensable elemento de vida, será insuficiente; que el cambio endosmótico de los gases en el pulmon, se desequilibra, las partes del aparato respiratorio no alteradas tendrán que suplir en trabajo á las enfermas por la constante ley de la compensacion, y recibiendo mas cantidad de sangre que la que normalmente recibían, determinan trastornos de consideracion, males sin limites en aquellos que tienen la desgracia de encontrarse en tan deplorables condiciones. ¿Y qué diremos si los ganglios que padecen son los del vientre? ¿qué si se dificulta el paso del quilo por esas cribas que tan sabiamente ha colocado naturaleza á intervalos en los conductos que han de trasportarles al torrente circulatorio? Díganlo los enfermos de tabes mesentérica, esos que padeciendo de verdaderas tisis de vientre, eliminan sin cesar los residuos del cambio molecular orgánico, sin que la apropiacion llegue ni con mucho á cubrir las pérdidas, poniéndoles en el estado mas lamentable de aniquilamiento.

Queda pues demostrado, que si el producto caseoso sufre con predileccion su proceso evolucionario en individuos empobrecidos, los escrofulosos tienen mucho adelantado para tal padecimiento, puesto que su organismo es pobre en la extension mas lata de la palabra.

Con respecto al *tubérculo*, solo diré, que habiendo sentado al principio de este pequeño trabajo, como base fundamental, para el desarrollo tuberculoso, el empobrecimiento del organismo, claro está que el escrofuloso se halla en las mejores condiciones para padecerle.

Una vez hablado, aunque demasiado á la ligera, de los puntos que al principio de mi ensayo sentara, para ser mas lógico en la exposicion del asunto que me he propuesto tratar, detengámonos un poco en ver la parte mas trascendental de la cuestion; en el modo de evitar el padecimiento, y en los medios de que podemos disponer para combatirlo con ventaja, una vez empezado á desarrollarse.

Dejamos consignado varias veces, que la tisis es una enfermedad que solamente se desarrolla en organismos empobrecidos; que la tisis caseosa puede curarse, cuando aún, siendo muy avanzado su desarrollo, el *tubérculo* no ha venido aún á complicarla, y últimamente, que la escrófula, suministra un vasto campo á la tisis, puesto que el escrofulismo, es por su propia naturaleza capaz de traer sobre sí, todo género de enfermedades. Cuál pues, ha de ser nuestro principal cuidado, teniendo los antecedentes de la tisis? Evitar las causas de depauperacion; combatirlas cuando existen: higiene pues, y solamente higiene es cuanto necesitamos para nuestro objeto.

No dejaré por mas que pocas ó ningunas veces se

consulta al médico, de comenzar indicando que en tanto que las personas que pretendan casarse no se convengan de que la union entre cónyuges valetudinarios, entre individuos cuya edad sea muy desproporcionada, así como los matrimonios consanguíneos, producen la mayoría de las veces una sucesión raquítica y enteca; la tisis existirá y existirá no para ensañarse en hombres de edad avanzada, sino en los que forman la esperanza del porvenir, en la juventud.

La madre enfermiza antes del alumbramiento, ó que se encuentre bajo la influencia de una enfermedad cualquiera, debe evitar á todo trance lactar á su niño, y sustituirse por una nodriza de cuyas costumbres morales, género de vida y estado de salud, con la circunstancia no menos atendible de buena ó mala leche, tenga informes exactísimos. El abrigo del infante debe ser moderado sin envolverlo en esos inmensos ropajes que además de tener al niño en una transpiración demasiado abundante, y por consiguiente en las peores condiciones para los cambios bruscos de la temperatura, le ciñen á manera de cilicios, impidiéndole con eso, el franco, rápido y normal desarrollo propio de los primeros tiempos de la vida.

El destete de estos niños no debe ser brusco, sino gradual y progresivo, pues de lo contrario, sino son víctimas de la tisis en edad avanzada, lo serán de la tuberculosis mesentérica, la que tristemente se observa en esta localidad con demasiada frecuencia. Deben someterse á una alimentación, que mas que nada debe ser láctea al principio y mas tarde feculenta; por ejemplo la patata, pan seco ó frito con manteca, son preciosos alimentos para estos niños; cuando ya sepan masticar y el estado de su estómago é intestinos lo permita, usarán las carnes y pescados, de los que regularmente gustan mucho.

Las habitaciones deben ser frescas y ventiladas; la hidroterapia consistiendo en el uso de baños frios que empezarán por ser templados, y si posible fuese someterles á la práctica de los baños rusos, es cuanto debe hacerse para criar niños sanos y robustos, sin que la acción de causas perturbadoras, pueda quebrantar su envidiable cuanto floreciente robustez.

Cuando la inteligencia empiece á hacer sus primeras manifestaciones, y los niños deban comenzar á recibir lijeros conocimientos en relacion con su edad, no se les hará permanecer mas de dos horas en las escuelas, á donde concurrirán los primeros meses, más bien por distracción y para que se acostumbren, que á ser reprendidos por los encargados de su enseñanza, que se empeñan, además de exigirles cosas que no pueden aprender, en que un niño que no puede moderar su vivacidad ni natural inclinación al juego, permanezca horas enteras en una actitud para ellos desacostumbrada. Una vez vencidos los inconvenientes de la infancia, deben los niños pasearse despues de sus ocupaciones, por el campo al aire libre, haciendo uso frecuente de la gimnástica, equitación y natación.

Como la tisis dirige sus mas acertados tiros á la juventud, que siempre ávida de sensaciones, ni respeta el peligro, ni teme á las intemperies, ni modera el fogoso ímpetu de sus pasiones, debe aquella ser cauta, evitar los cambios bruscos de temperatura, las pequeñas indisposiciones, tratarlas como la prudencia ordena, y no abandonarlo todo á las fuerzas que dan los pocos años: que los grandes edificios cuando lentamente se van socavando por sus cimientos, llegan por fin á precipitarse sobre si mismos, sin que nadie pueda detenerlos en su caída.

Indicada la parte puramente profiláctica, réstanos hacer algunas consideraciones generales, sobre lo que debemos practicar al sentirnos amagados por la tisis. El primer cuidado del enfermo, debe consistir en someterse desde luego á una alimentación reparadora consistente sobre todo en leches que tomará á todas horas, y carnes si ser puede casi crudas.

El aire libre y puro del campo, procurando establecer su residencia en la cima de la montaña si es posible; el ejercicio moderado; el evitar la acción de una atmósfera caliente y saturada de polvo como sucede en la que se respira en los bailes, teatros é iglesias muy concurridos, y en general en toda localidad donde habiendo gran número de personas y luces, el aire se vicia necesariamente.

El sueño debe ser por lo menos de ocho horas; el uso de frazadas de lana ha de ser continuado, y por úl-

timo la tranquilidad de espíritu ó alejamiento de toda causa moral deprimente, he ahí cuanto se debe hacer para recuperar la salud.

Ponga pues el público para quien escribo este trabajo, suma solicitud en el cumplimiento de los sanos preceptos que la higiene prescribe, y esté seguro, que en tanto no se convenza de que sin higiene no hay salud posible, la tisis continuará cada día mas, haciendo víctimas sin cuento.

Puerto-Rico, Octubre de 1874.

GABRIEL FERRER.

## PEPITO EL POLLO.

Examinale: oh idiota! nada sabe;  
Tropicos, era, geografia, historia  
son para el pobre exóticos vocablos.  
— JOVELLANOS. Sat.

### I.

Con la frente apoyada entre ámbas manos y puestos los codos sobre una mesa de *no pintado pino*, estaba yo — hace algunos días — buscando en mi imaginación asunto para escribir un artículo de costumbres.

Largo tiempo permanecí en aquella guisa mirando al tintero de hito en hito, como si de él hubieran de salir las ideas que me faltaban para dar principio á mi trabajo; pero ya sea por que este género de escritos es de por sí difícil y espinoso, ya por que algunos días

*Suele no estar la musa muy en punto,*

lo cierto es que no me fué posible concebir un plan arreglado á mis deseos, por mas que apelé, mas de una vez, al recurso de morderme las uñas y rascarme fuertemente la cabeza, como suele hacerse en casos semejantes.

Púseme luego á pasear á lo largo de mi habitación, andando sin tino de aquí para allí,

Con todo el aire necio

De un poeta que busca un consonante.

Empero tampoco esta diligencia me ofreció mejor resultado que las anteriores, y ya trataba de poner en práctica otro nuevo recurso, cuando sentí que llamaban con repetidos golpes á la puerta.

Poco despues apareció ante mí la acicalada figura de *Pepito Pulido*, jóven á la moda, — como ahora se dice, — y muy conocido en todos los círculos..... viciosos de la vecindad.

— ¡Hola! Sr. Fulano, — me dijo, — ¿cómo está U?

— Perfectamente, caballero: y U. ¿qué tal?

— Yo..... por ahí vagando..... como siempre.

Hoy vengo *donde* U. con un empeño.

— Veamos en qué puedo servirle.

— Quiero que *saque* U. unos versos para la Srta. H.

— Dificillito me parece. Además, yo no tengo la dicha de conocer á esa jóven.

— Poco importa: yo le daré á U. todas las noticias é informes necesarios.

— Bien; pero ¿á título de qué ó con qué objeto quiere U. que yo vaya á importunar á esa señorita?

— Con objeto de enamorarla.

— Pero, hombre de Dios, ¿no ve U. que soy casado?

— Es que los versos deben ir firmados por mí y remitidos por mi propia cuenta.

— ¡Acabáramos!

### II.

Si un pertinaz acreedor hubiera venido en aquel instante á reclamarme por centésima vez el importe de una cuenta vencida, no me hubiera causado tanto disgusto como la importuna visita del jóven *Pulido* y su ridícula pretension.

Hize, empero, todo lo posible para disimular mi justo enojo, y en cuanto á los versos, traté de escusarme cortesmente alegando mi pobreza de ingenio y mi escaso valimiento para con las Señoras Musas. Hicele presente al mismo tiempo la eficacia de las declaraciones amorosas hechas á viva voz, y para en caso de que insistiera en la tentación de querer hacerlas en verso, le recomendé el ALBEITAR del lugar y el CAMPANERO de la parroquia como grandes lumbreras de la poesía erótica de alquiler.

De esta manera conseguí al fin que me dejara en paz el amartelado pollo y se fuera con la música á otra parte.

Volví luego á mi trabajo mental, y despues de nuevos é inútiles esfuerzos, resolví hacer el retrato de Pepito Pulido para agregarlo á mi ya comenzada coleccion de tipos.

Podrá ser, si se quiere, un *abuso de confianza* eso de retratar á una persona sin su consentimiento; pero ¿acaso no lo es tambien el molestar á un vecino en medio de sus meditaciones, para una cosa tan tonta y baladí?

Quédese, pues, lo uno por lo otro y tengamos la fiesta en paz, que peor es meneallo.

### III.

Pepito Pulido es un animal implume que suele andar ordinariamente en dos pies, por que así lo hacen los demás individuos de su especie, y por que la MODA no ha decretado aún que se ande de otra manera. Tiene veinte años de edad, figura raquítica y afeminada, pálido semblante, largas orejas y cabello neciamente peinado, con mil caprichos y vueltas que suponen largas horas de tocador.

Su traje varía con frecuencia, siguiendo los preceptos de la versátil Deidad, madre del Lujo, á quien rinde una estúpida y servil adoracion.

Para él toda la ciencia se encierra en un figurin de modas, y un buen sastre viene á ser el *non plus ultra* de la sabiduría universal.

— El día que todos los hombres, — dice, — se parezcan á los figurines y vistán exactamente igual á ellos, la humanidad habrá llegado á su último grado de perfeccion.

Abrigando Pepito semejantes ideas y teniéndose por uno de los sacerdotes encargados de propagarlas, pueden figurarse mis queridos lectores con cuánta solicitud y cuidado repasaré las columnas de "*La Moda Elegante*" y "*La Tijera Ilustrada*," periódicos que reciben quincenalmente de Europa el sastre de la esquina y la costurera del piso bajo.

El político entusiasta, el hábil diplomático, el diligente noticiario, el cesante que sueña con destinos y el necio vanidoso que espera un título ó una cruz sin merecerla, no acuden con tanta ansiedad á la llegada del Vapor-correo, como acude nuestro tipo á informarse de los nuevos adelantos hechos en la ciencia de vestir, para aplicarlos en seguida á su elegante persona.

No hace mucho tiempo que en uno de aquellos periódicos encontró Pepito un pintado figurin que tenía la cabeza descubierta, con objeto de ostentar sin duda la caprichosa forma del tupé. Algo hubo de chocar á nuestro pollo esta particularidad del figurin indicando; pero fiel á sus principios, bien pronto se decidió á imitarle hasta en sus menores detalles.

Buscó al efecto el traje que le pareció mas adecuado, peinó á la nueva usanza sus perfumados cabellos, dió tortura á su garganta con un ajustado cuello de carton, púsose luego una corbata de color *atrevido*, con problemático lazo y echóse á andar por esas calles de Dios, mas orgulloso y satisfecho de sí mismo que el vencedor de Austerlitz, despues de aquella sangrienta y descomunal batalla.

Deteniase con frecuencia en las esquinas y en los parajes mas visibles de la poblacion, y tomando la misma postura que indicaba el malhadado figurin, permanecía horas enteras con el sombrero en la diestra mano y la cabeza á la intemperie, dando que reir á las personas que pasaban, quienes solían tomarle por un pichón de poeta romántico ó por la estatua de la estupidez.

Esto mismo siguió haciendo el jóven petrimetre por espacio de quince días, al cabo de los cuales logró pescar un soberbio tabardillo que le tuvo á las puertas de la muerte.

### IV.

Digamos algo ahora de la educacion y dotes morales é intelectuales de nuestro tipo.

Pertenece Pepito á una familia acomodada que si no es muy rica, tiene á lo menos lo necesario para vivir desahogadamente. Sus padres intentaron darle una carrera científica, y al efecto le enviaron á un colegio de la Capital para que hiciera en él los estudios preparatorios.

Seis años estuvo allí, bien á pesar suyo, y despues

de perder otros tantos cursos sin haber adelantado nada, suplicóle á su padre que le sacara de aquel establecimiento, asegurándole que estaba ya cansado de ciencias y de libros.

— Pero ¿es posible, — le replicó el buen anciano, — que así dejes los estudios, despues de haber gastado inútilmente la mitad de mi fortuna?

— Qué quiere U., papá; yo no le tengo aficion á la medicina.

— Pues serás abogado, lo mismo da.

— Es que tampoco me gusta esa profesion. ¿ Luego hay tanto que estudiar....!

— Estudiarás, entónces, para cum.

— No tengo vocacion.

— Y ¿para ingeniero?

— Tampoco.

— Entónces ¿cuáles son las carreras que mas te agradan?

— Las carreras de caballos.

Dejó á la consideracion de mis queridos lectores el efecto que causaría al infortunado padre esta respuesta dada por el hijo en quien tenía cifradas sus esperanzas.

El primer movimiento del anciano fué el echar mano á un garrote con la no muy sana intencion de moler las costillas al desaplicado estudiante; pero logró al fin reportarse merced á la oportuna intervencion de varios amigos, y bien pronto el amor paternal venció en su ánimo la justa indignacion de que se hallaba poseído.

Por otra parte, el chico no había dejado de adelantar algo durante su permanencia en la Capital; pues aunque en punto á instruccion no estaba mas aprovechado que el día en que salió de la casa paterna, había adquirido en cambio cierta desenvoltura propia de aquel centro; fumaba cigarrillos y echaba el humo por la nariz; bebía cerveza sin arrugar el semblante; disputaba en las aceras; hacía ruido en el teatro; iba á los bailes de ignominia; reía á carcajadas en los templos; manejaba el baston con mucha gracia y usaba lentes sin necesidad. Pasaba en los Cafes por un buen *tercio*; en las mesas de juego por un buen *punto*; en los billares por un buen *taco*.

### V.

No hay para qué decir que Pepito volvió á su pueblo con grandes infulas de sabio y henchido de vanidad y presuncion.

Para él, desde el Alcalde que llevaba las riendas del gobierno, hasta el tío Cristóbal que llevaba las del carro de la limpieza, todos eran unos babiecas. Hasta llegó á avergonzarse de su mismo padre, por que usaba pantalones anchos, siendo así que la última moda ordenaba llevarlos estrechos como funda de paraguas.

Pocos días despues de su llegada recibieron casi todas las muchachas casaderas de la vecindad, una carta de Pepito concebida en los términos siguientes:

Mi hadorada Señorita: la abrazadora yama que su angelicar beyesa á ensendido en mipecho no es posible que se apage si de hesa boca de corral y perlas no sale el balsamo tranquilizador que me cure la amorosa yaga que me an hecho hesos briyantes luseros que hiluminan la fachada prinsepál del frontispicio de su ermosísima cara.

¡Ay Señorita! si U. fuera capaz de comprender toda la estension de mis amorosas fatigas no fuera tan lingrata con el que la hiso dueña de su abrasado corazon y solo es pera el suspirado *si* para ser el mas feliz de los irracionales su apasionado amante

Pepito Pulido.

Esta fogosa epístola que nuestro pollo tiene por el mas perfecto modelo de las declaraciones amorosas, es obra de uno de sus compañeros de colegio, que pasaba por muchacho de talento.

Pepito adquirió la propiedad de dicha epístola mediante una cantidad determinada, y desde entónces ha hecho y repartido algo mas de un centenar de ediciones.

Entre las muchas respuestas que obtuvo, solamente copiaré á continuacion una que me pareció la mas discreta y acertada.

Dice así:

Apreciado Caballero: por su atenta carta he tenido noticia del horroroso estrago que está haciendo en su pecho incandescente el fuego destructivo del amor.

Mi sensible corazón no ha podido permanecer indiferente á tan funesta desgracia, y estoy decidida á remediarla en todo aquello que me sea posible, sin mengua de mi reputación.

Al efecto, puede U. venir por esta su casa al anochechar y situarse debajo de la ventana que hay hacia el lado izquierdo del zagüan: por mi parte daré las instrucciones á Petra la cocinera para que luego al punto le eche á U. encima todas las aguas de fregar, con lo cual está probado que suelen apagarse instantáneamente esos volcánicos incendios que tanto le hacen padecer.

Vea U. cuanto le compadece y le estima su atenta servidora

Clara.

Yo creo, bellísimas lectoras, — salvo la respetable opinión de UU., — que siempre que algun Pepito les dirija una carta como la que he copiado mas arriba, deben, si es que le contestan, hacerlo en términos análogos á los que ha empleado Clara.

Y cuenta que hay entre nosotros muchos Pepitos Pulidos.

MANUEL FERNANDEZ JUNCOS.

Vega-baja, Agosto 1,874.

## EL FANTASMA DEL PUENTE.

TRADICION CABO-ROJEÑA

POR SALVADOR BRAU.

### I.

Era una tarde apacible,  
Silenciosa, embalsamada,  
De esa estacion benedicta  
Que viste el prado de galas,  
Y cual la Bondad Suprema  
Es eterna en nuestra patria.

Próximo á espirar el sol  
Dudosa luz proyectaba  
Sobre las erguidas ceibas  
Y las sierras empinadas,  
Y en los diáfanos celages,  
Que fingen flotantes gasas  
Mil cambiantes producía.  
De carmin, ópalo y nácar.

La brisa murmuradora,  
Resbalando en la enramada,  
Robaba aroma á las flores  
Que sus besos aspiraban,  
Y entre el ramaje sombrío  
Saltando la turba alada,  
Al astro-rey despedía  
Con sus cadencias mas gratas,  
Rogándole cariñosa  
Tornase á lucir mañana.

Por el angosto sendero  
Que, entre bejuco y mayas,  
De Cabo-Rojo partiendo  
Hacia Puerto-Real guiaba,  
Un arrogante mancebo,  
Poco atento por las trazas  
Al panorama risueño  
Que la campiña mostraba,  
En marcha asaz presurosa  
Dirige al pueblo su planta.

Holgada camisa viste,  
Calzon de tela listada,  
Y sobre el negro cabello  
Sombrero de extensas alas.  
Amplió pañuelo de cuadros  
Luce á guisa de corbata,  
Cuyas puntas desprendidas  
El viento mece á sus anchas,  
Y de su apuesta cintura,  
Ceñida por doble faja,  
Machete afilado pende  
De cuero en herrada vaina.  
Apénas llegado hubo  
Del pueblo á vistar las casas,  
Torciendo hacia la derecha  
Interfóse entre las matas,  
Y tras un corto rodeo

Por entre maleza y zarzas,  
Dejando á espaldas el monte  
Se detuvo en la quebrada.

Allí, al pié de cedro enhiesto  
Que la creacion recordara,  
Sentóse, de andar cansado,  
Y aguardó un momento en calma;  
Después, un tanto repuesto  
De su fatigosa marcha,  
Entonó con voz sonora  
Esta trova enamorada.

— Surca el ave el firmamento  
Con vuelo precipitado,  
De su pichon adorado  
Al escuchar el lamento,  
Y al verle cruelmente herido  
Por cazador alevoso,  
Calma su acento angustioso.  
Con tierno arrullo sentido.

Mi voz demanda consuelo,  
Herido por flecha aguda,  
Mas no encuentro quien acuda  
A remediar mi desvelo.

Su amor ve correspondido  
Con placer el ave errante;  
Yo sufro en mi fé constante  
Y en vano clemencia pido.

No bien la postrera nota  
De la cancion resonara,  
Rumor se escuchó de pasos  
Sobre la seca hojarasca,  
Y de la verde espesura  
Que forman tupidas ramas,  
Surjir vióse una mujer  
Cual aparicion fantástica.

Es Teresa la mestiza  
De una belleza tan rara,  
Que envidia causar pudiera  
A las hurís celebradas.

Las mujeres la detestan,  
Los mancebos la idolatran,  
Los ancianos la requiebran,  
Todos su hermosura aclaman.

Cuando en la mantilla envuelta  
Va á misa al brillar el alba,  
Por una mirada suya  
Vendieran muchos el alma;  
Pero ella á todos saluda  
Entre cariñosa y lánguida,  
Y á su casa se retira  
Silenciosa, cabiz-baja.

En vano ha sido rondar  
Por algunos su morada,  
Que altos árboles circundan  
Prestándole sombra grata,  
Y en vano ha sido entonar  
De la noche en horas altas,  
Al compás de bordonúa  
Mil coplas enamoradas;  
Pues si acaso alguna vez  
Se oyó abrir puerta ó ventana,  
Fué para dar paso á un hombre  
De no muy alegre facha  
Que á los nocturnos cantores  
De mal talante alejaba.

Nadie conoce su vida;  
Hasta se ignora su patria;  
Y aunque lenguas decidoras  
Murmura que está casada  
Con el quidam que á las rondas  
Tan poco cariño guarda,  
No hay pruebas que lo acrediten,  
Ni nadie á saberlo alcanza.  
Mas tornemos á mi cuento  
Que ya de interrupcion basta.

— ¡Teresa!

— ¡Luis! Angel mio,  
¿Por qué me acusas de ingrata?  
¿Por qué de alevé desvío  
Me culpa tu devarío,  
Sabiendo que amor me mata?

— Si adivinara tu mente  
El tormento que me agita,  
Cuando de tu lado ausente  
No puedo admirar riente  
Esa faz tierna y bendita,

BIENOTECIA  
MUNICIPAL  
MADRID

Mayor premio concedieras  
A mi cariño profundo:  
No ilusa entonces temieras  
Que en nuestras dulces quimeras  
Mezclarse pudiera el mundo.  
— ¡Ingrato!... Siempre mi amor  
Pagando con cruel tortura!  
Con ese adusto rigor  
Calmar quieres mi dolor,  
Aumentar mi desventura?  
Si tus votos escuché,  
Y tu afecto comprendí,  
Por qué dudar de mi fé,  
Cuando el bien que tanto ansié  
Lo hallo solo junto á tí?  
En esas noches serenas,  
De encanto y misterio llenas,  
Si elevó la vista al cielo,  
Demandándole consuelo  
A mi congoja y mis penas,  
Sobre su fondo azulado,  
A la luz de las estrellas,  
El contorno delicado  
De tu rostro enamorado  
Percibo entre gasas bellas;  
Y cuando roedor recuerdo  
Que habita en el alma mía,  
Oprime la fantasía  
Y en un piélago me pierdo  
De negra melancolía:  
Viene tu nombre adorada  
A mezclarse en mi delirio,  
Y cual bálsamo sagrado  
Por mis venas derramado  
Calma mi agudo martirio:  
Y en el bosque, en la pradera,  
Junto á la luna argentada,  
En el valle, en la ribera,  
En mis sueños, por do quiera,  
Tu imagen hallo grabada.  
Si tu amor es mi ventura  
Y por él aliento y vivo,  
Por qué pagar tal ternura,  
¿Si afan trocando en locura  
Con acento siempre esquivo?  
— Si tu cariño es tan ciego,  
Si tanto, mujer me amas,  
Y es tan vehemente ese fuego  
Que hasta en tus sueños me llamas,  
¿Cómo no atiendes mi ruego?  
Oye: tus penas destierra;  
Olvidemos esta tierra  
De nuestras cuitas testigo,  
Y tras esa erguida sierra  
Busquemos un pueblo amigo,  
Donde del mundo ignorados,  
Por ilusiones mecidos,  
De pesares olvidados,  
Viviremos descuidados  
En sueños de amor dormidos.  
¿Por qué temer la pobreza  
Si en tí conservo un tesoro  
De encantadora belleza?  
¿Qué me importa la riqueza?  
Donde hay amor sobra el oro.  
Pero... ¿callas?... ¡Ah! Presiento  
Que fué tu pasión mentira,  
Humo que disipa el viento,  
Fugitivo pensamiento  
Que ahogado al nacer espira,  
Necio de mí que soñando  
Viví en perpétua agonía.  
¿Amarme tú?...  
— ¿Y hasta cuando  
En enojosa porfía  
Seguirás de mí dudando?  
Cien veces te repetí  
Crédulo el labio indiscreto,  
Que misterioso secreto,  
Mi vida á un hombre enlazó  
Cuya voluntad respeto.  
No intentes de ese hondo arcano  
Alzar el opaco velo  
Pues te amé con loco anhelo  
Cese ya el desden tirano,  
Termine al fin tu recelo.

Huiremos: es mi ternura  
Como el espacio infinita,  
Y en torrentes de ventura  
Sabrá trocar la amargura  
Que á nuestras almas agita.  
Cuando su manto de duelo  
Tienda la noche mañana,  
Antes que en el almo cielo  
Se ostente la luna ufana,  
Bañando de luz el suelo,  
Cual tórtola apasionada  
Al romper los duros lazos  
En que vivió aprisionada,  
Iré de amor embriagada  
A guarecerme en tus brazos.  
Suspensos nuestros amantes  
En su cariñosa plática  
Ver no pudieron un bulto  
Que, á favor de la enramada,  
Escuchaba con sonrisa  
Maliciosa, sus palabras.  
¿Quién era aquel indiscreto  
Que en atisbar se ocupaba?  
Si ante aquel cuadro escondido  
Le llevó suerte impensada,  
¿Por qué el misterio que encierra  
Violó con torpe asechanza?  
Es que de la humana esencia  
En la confusa amalgama,  
Dormido el germen existe  
De aquella pasión menguada  
Que á nuestra madre primera  
Llevó á cometer su falta.  
Ya terminó su entrevista  
La pareja enamorada,  
Y en dulce abrazo perdidos,  
Confundiéronse sus almas.  
De un doble beso el sonido  
Pareció que resonaba,  
Yendo á morir en el éter  
Llevado del viento en alas,  
Y luego oyose el murmullo  
De voces trémulas, vagas,  
Que repitieron dulcísimas  
Como preludio de un harpa,  
— ¡Teresa, adios! ¡No te olvides!  
— ¡Adios, Luis! ¡Hasta mañana!  
Viólos el bulto alejarse,  
Y dejando la emboscada,  
Mostró á la luz del crepúsculo  
De un hombre la aviesa estampa,  
Que al marchar, con voz confusa,  
Murmuró: — ¡Quién lo pensara!  
Internándose en el pueblo  
Por una calle escusada.

(Continuará.)

## REMITIDO.

## A MI AMADA.

## SONETO.

No me enamoran las pintadas flores  
Ni el sonoro murmullo de la fuente,  
Ni el canto de la tórtola inocente,  
Ni del alba los vívidos fulgores:  
No me encantan del campo los primores,  
Ni del cielo su gasa trasparente,  
Ni del bello pensil el puro ambiente,  
Ni los trinos de alegres ruiseñores.  
Nada, Teresa, nada me enamora  
Cual tu imagen preciosa y hechicera  
Y tu dulce sonrisa encantadora:  
Tu rubia y ondulante cabellera,  
Tu linda boca, tu mirar gracioso,  
Tu sonrosada faz, y cuello hermoso.

MANUEL F. LIUBRET.

Yanco, Stbro. 25 de 1.874.

Establecimiento tipográfico de Gonzalez.